Comentarios de la Lección

IV Trimestre de 2010
Personajes secundarios del Antiguo Testamento

Lección 2
9 de Octubre de 2010

Caleb: Vivir esperando

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Mi alma espera a Jehová más que los centinelas a la mañana, más que los vigilantes a la mañana. Espere Israel a Jehová, porque en Jehová hay misericordia, y abundante redención con él"* (Salmo 130:6, 7).

Introducción

Caleb era hijo de Jefone, un hombre que no era judía, era cenezeo (Josué 14:6) que se casó con una joven judía (Génesis 15:19 y Números 32:12). Jetro, suegro de Moisés también era del pueblo nómade de los cenezeos. Caleb era integrante la tribu de Judá (Números 13:6), tal vez debido a su esposa. "Pero aun mientras Dios ejecuta su justicia, recuerda la misericordia. Los amalecitas debían ser destruidos, pero los ceneos [o cenezeos], que moraban entre ellos, se habían de salvar. Este pueblo, aunque no estaba enteramente libre de la idolatría, adoraba a Dios, y manifestaba amistad hacia Israel. De esta tribu procedía el cuñado de Moisés, Obab, quien había acompañado a los israelitas en sus viajes por el desierto, y por su conocimiento del país les había prestado valiosos servicios". [1]

Acerca de Caleb:

"Subsisten algunas dudas en cuanto a la ascendencia exacta de Caleb. En 1 Crónicas 2:18, se menciona que Caleb era hijo de Hezron. Por otro lado, Jefone, el genezeo, es considerado padre de Caleb en Números 32:12. Los cenezeos, descendientes de Quenaz, parecen haber sido una de las tribus nómades del desierto de Sinaí (Génesis 36:15). Fue en una de esas tribus de edomitas que Moisés halló esposa (Jueces 1:16; 4:11). La migración de Israel en dirección al norte atrajo a algunos de esos pueblos y ellos se reunieron con fe al Señor y a su pueblo. La familia de Caleb fue anexada a la tribu de Judá y Caleb conquistó rápidamente un puesto de liderazgo. Aunque el jefe de la tribu era Nasón, hijo de Aminadab (Números 2:3), fue Caleb quien representó a la tribu como espía y, más adelante, como uno de aquellos entre los cuales la tierra se dividió en áreas tribales (Josué 21:12). Se registra que a Caleb se le entregó su parte "en medio de los hijos de Judá" (Josué 15:13), implicando con ello que él no era efectivamente un integrante de aquella tribu. Siglos más tarde, en los días de Saúl y David, los descendientes de Caleb formaban una familia distinta en Judá, y su parte del país parece haber sido un enclave en la tribu (1 Samuel 25:3; 30:14)". [2]

---

[1] Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 681.
[2] *Diccionario Bíblico Wycliffe*, p. 340.

Otra curiosidad de los ascendientes de Caleb la encontramos en el *Diccionario y Enciclopedia Bíblica*. Notemos algo interesante. Los recabitas, citados de manera positiva en la Biblia, eran parientes de los cenezeos. “Entre los descendientes de Recab, a través de Jonadab, estaban los ceneos, que acompañaron a los hijos de Israel hasta Palestina, habitando entre ellos. Moisés se casó con una de ellos (Jueces 1:16) y Jael era mujer de “Heber, el ceneo” (Jueces 4:17). Saúl se mostró misericordioso para con los ceneos (1 Samuel 15:6). La mayor parte de los ceneos habitaba en ciudades y adoptaron hábitos de vida sedentarios (1 Samuel 30:29), pero Jonadab prohibió a sus descendientes beber vino y vivir en ciudades. Les fue ordenado vivir siempre una vida nómade. Ellos aceptaron esa ley y en la época de Jeremías, se destacaron por su fidelidad a los hábitos establecidos en su familia hacía siglos (Jeremías 35), y ese rasgo es mencionado por el profeta con el propósito de reforzar su propia exhortación. También son mencionados en Nehemías 3:14 y 1 Crónicas 2:55. El Dr. Wolf (1839) descubrió en Arabia, cerca de la Meca, una tribu que se decía descendiente de Jonadab; recientemente, una tribu beduina se descubrió cerca del Mar Muerto, que se decía ser descendiente del mismo jefe ceneo”. [3]

Caleb sufrió la esclavitud en Egipto hasta los 40 años; vagó en el desierto por otros cuarenta años y, a los 80 años, bendecido por Dios, se decía de él que tenía el vigor suficiente como para ir a la guerra y conquistar la tierra prometida. De todos los israelitas mayores de veinte años, únicamente Josué y Caleb entraron en Canaán. Los demás, todos murieron en las arenas del desierto debido a su rebelión. Es decir que de los 600.000 hombres de esa edad que salieron de Egipto, únicamente dos fueron fieles a Dios, exceptuando a Moisés y Aarón, quienes murieron un poco antes. Eso nos da una adecuada dimensión de cuan medroso es el corazón de los seres humanos.

Debido a ese hecho, el de ser uno de los dos que entraron en Canaán, es que el estudio de este tema se vuelve especial. ¿Quién es este personaje que pasó por una “selección” tan difícil? ¿Qué había de especial en Caleb que lo distinguió de todos los que salieron de Egipto con más de veinte años, siendo él el único, junto a Josué, en heredar la tierra prometida? ¿Era alguien especial? ¿Tenía dotes mentales superiores a la de los demás de su generación? ¿O era sólo una persona más, del común? ¿Qué fue lo que hizo la diferencia para superar a todos los demás?

Hay que prestar atención al hecho de que Jefone no era judío. Por lo tanto, era de origen pagano. Aún así, su hijo fue un vencedor, tanto en la vida profesional como en la vida espiritual.

“Los hechos”

Allí estaban, quince meses después de salir de Egipto, las huestes de Israel, bien cerca de Canaán, la Tierra Prometida. No faltaba mucho para llegar a su nueva morada. Dios los había sacado con fuerte mano de Egipto. Habían visto cómo Dios los había favorecido y cómo había castigado a Faraón y a sus dioses, y cómo había deshecho en el Mar Rojo a su ejército. No sobrevivió ni siquiera uno de esos hombres, y del pueblo, ni siquiera uno sucumbió. Un gran ejército enemigo desapareció bajo las aguas, pero ellos, con sus animales, niños, mujeres y ancianos, además de los hombres y mujeres en edad hábil, pasaron a salvo. Fue una sucesión de milagros. Habían visto el tremendo

[3] *Diccionario y Enciclopedia Bíblica*, versión electrónica.

poder de Dios. Lo habían confirmado en el Sinaí, en la provisión de alimento, en la protección del fuego a la noche y la nube durante el día que los protegía del abrasador sol del desierto. No les faltó ni agua ni pan. Dios estuvo presente, bien en medio de ellos, dentro del Tabernáculo. Él mismo los conducía.

Ahora estaban volviendo los doce espías de ver la tierra. Era tierra buena, de abundancia, de muchas ciudades, de campos fértiles. Los frutos de la tierra eran impresionantes, como nunca habían visto, ni siquiera en Egipto. Las gente que vivía en el lugar, muchos pueblos, eran fuertes y saludables, señal de la abundancia de la región. Había entre ellos gente de gran estatura, considerados gigantes, descendientes de Anac. Debieron haber tenido cerca de tres metros de altura, como más tarde se pudo ver en Goliat, que tenía dos metros con noventa. Y eran fuertes, numerosos y poderosos. Este último pueblo vivían en las montañas, demostrando que en las alturas había tan buena tierra como en los valles. Si no hubiera sido así, los gigantes se habrían ubicado con los habitantes de los valles.

La situación estaba definida. Los israelitas, un pueblo mucho más numeroso que cualquiera de ellos, contaban con la presencia entre ellos de un Dios infinitamente superior, cuya superioridad ya había sido demostrada hasta el cansancio. Los pueblos de Canaán confiaban en dioses que ellos mismos se habían imaginado, y que nada podía, tal como no habían podido hacer nada los dioses de Egipto contra el pueblo elegido del Dios Creador. Así como ellos habían salido con mano poderosa de Egipto, ahora les tocaba revertir la historia y tomar posesión de la tierra también con mano poderosa.

Pero la fe es algo que debemos desarrollar. La fe simplemente puede desaparecer de un momento al otro. Y eso lo demuestra muy bien la historia bíblica. Fue el caso de Elías, que un día fue un instrumento para actos valerosos y poderosos, y al otro día fue un hombre débil y en fuga. Debemos tener extremo cuidado con nuestra fe. Es como un delicado cristal que se quiebra fácilmente frente a nuevas circunstancias.

Bastaron diez espías que dijeron que no podían enfrentar a aquellos pueblos, para que miles del pueblo le creyeran a ellos y no a Dios. La palabra de los hombres fue superior a las demostraciones de Dios y sus palabras. Ni siquiera consultaron a Moisés, puesto que ya sabían que era un hombre que era siervo de Dios. Si al menos hubieran hablado con Moisés, preguntándole que tenía para decir ante el relato de los diez espías… Josué y Caleb dijeron que era posible conquistar la tierra con el poder de Dios. Pero… prefirieron hacer caso a los diez espías y dijeron: “Preferimos volvernos a Egipto”.

Por su propia decisión, permanecieron otros treinta y ocho años más en el desierto, hasta que murieron todos los rebeldes. En nuestros días, estamos bien en frente a la Canaán Celestial. La iglesia está entrando en calor, dejando de ser tibia. Utilizando la distribución de literatura, folletos bien producidos, la iglesia está dando su mensaje al mundo. Con el programa de las “Cuarenta Madrugadas”, que se van extendiendo, se percibe en la iglesia un reavivamiento en algunos, pero no en la mayoría. Esa es la señal de que la iglesia se está preparando para darle al mundo el último mensaje antes del regreso de Cristo. No quedaremos en esta tierra durante mucho tiempo más. Faltan pocos años para que se confirme en nosotros la victoria que Cristo ya logró en la cruz. Pero este será un tiempo de tremendas luchas. Ante la presión del enemigo, muchos preferirán el mundo y sus aparentes facilidades. Estas facilidades desaparecerán como humo, y quien habrá confiado en ellas se quedará con nada. Pero los siervos de Dios estarán protegidos, y serán abastecidos con pan y agua del cielo. Muchos abandonarán la iglesia bien

cerca de la Canaán Celestial. Muchos confiarán en la palabra de los hombres, no en la de los profetas de Dios ni en la de Jesucristo. Por favor, piensa un poco antes de tomar decisiones que repitan en tu vida el fracaso de Israel. Ellos escucharon el pálpito errado de algunos hombres, y no confiaron en el poder de Dios.

Mantenerse firme cuando importa

En la iglesia hay gente que es peor que la que está afuera, en el mundo. En la iglesia pasan muchas cosas malas. En la iglesia hay muchos líderes que han introducido la mundanalidad, o que son autoritarios.

¡Es verdad! Es una realidad que estaba proféticamente prevista. Pero ¿son estos hechos motivos o excusas para que muchos abandonen la iglesia?

Notemos, en este mundo estamos en una guerra espiritual. Sería de extrañar si en nuestra iglesia no hubiera los problemas anteriormente mencionados. Gran parte de ellos se originan en enemigos infiltrados en ella. Son agentes de Satanás, haciendo sutilmente su obra nociva. Lo extraño sería que en nuestra iglesia no hubiera enemigos infiltrados. Ser la iglesia verdadera y no tener enemigos sería algo totalmente anormal.

¿Quién no tendría motivos o razones para justificar el acto de abandonar la iglesia como las tuvieron Josué y Caleb? Habían vuelto de espiar la tierra y vieron allá algo deslumbrante. Ahora alcanzaba con confiar en Dios. Aquél que los había conducido por el desierto con mano fuerte, ahora podía entregar la tierra. Sólo había que confiar.

Pero, ¿qué pasó entonces? Seiscientos mil hombres, junto a sus mujeres, los diez espías, contra dos hombres. ¿Qué podía esperarse de Josué y Caleb? Que se apartaran del pueblo y formaran un pueblo por cuenta propia.

Pero no fue eso lo que sucedió. Había dos hombres contra decenas de miles del otro lado. Dos que querían luchar por la posesión de la tierra, y el resto, queriendo volverse a Egipto, clamando y llorando por la perspectiva de ver morir a sus hijos en el desierto. Aquellos dos permanecieron firmes, pero no abandonaron el pueblo de Dios, sufrieron treinta y ocho años más en el desierto, y no fue sino después de ese tiempo que conquistaron la tierra. Ellos no desertaron, no apostataron, a pesar del mal comportamiento de la inmensa mayoría. Ellos representaban el minúsculo 0.00016 por ciento de los que se mantuvieron al lado de Dios, contra el 99.99984 por ciento de los que decidieron no entrar en la tierra. Aún siendo solo dos, contra tantos, y aún sabiendo que ellos estaban en lo correcto y todos los demás equivocados (exceptuando Moisés y Aarón, y –quién sabe– sus esposas), aún así permanecieron en el pueblo escogido de Dios.

Aquí cabe recordar la actitud de Moisés. Ante el comportamiento absurdo del pueblo, Dios se propuso formar otro pueblo a partir de Moisés. Y lo habría hecho de no mediar el rechazo de Moisés. Aquí vemos el rol de un líder entre el pueblo: nunca dejar de ser fiel.

Hoy Caleb y Josué representan a los miembros de la iglesia que son trigo; Moisés representa a los líderes y pastores, que se mantienen fieles y también son trigo. Aunque existan innumerables enemigos en la iglesia, estos no la abandonan, pues saben que permaneciendo fuera de ella, la situación sería mucho peor. ¿Dónde iremos a encontrarnos con Jesús fuera de la iglesia?

Mi querido lector, no abandones la iglesia. Estamos en una guerra espiritual, y ya estaba anticipado que la cizaña y el trigo se mezclarían, habría enemigos en la propia trinchera, habría rebeldes actuando a favor del enemigo. Por lo tanto, observa a las personas que han sido transformadas por el poder del Espíritu Santo. Hay muchas de ellas en la iglesia, dan un buen testimonio, son trigo. No te desesperes al oír de aquí y de allá alguna noticia de que tal o cual líder está participando de intentos ecuménicos. Déjalo seguir su camino, y que se pierda si así es. Pero porque los líderes se estén pasando para el enemigo, ¿harás por ello lo mismo? ¿Qué clase de razonamiento es éste? ¿Es inteligente? Por el hecho de que haya algunos que prefieran el mundo y lo introduzcan en la iglesia, ¿tú te irás de ella? ¿Sabes lo que puede pasar? Puede darse el caso de que algunos de ellos que hoy son cizaña se arrepientan y sean transformados en trigo y se salven, y tú, que te apartaste del rebaño, te pierdas. Tengamos como ejemplos a Caleb y Josué. Cuando parecía que sólo ellos dos estaban al lado de Dios, aún así no se apartaron de Dios ni de su pueblo y permanecieron fieles a Él.

La lección correspondiente al Lunes se vale de un ejemplo poco feliz. Es necesario que haga este comentario, porque es asunto de pérdida de vida eterna. La lección utiliza el ejemplo del fanatismo por un equipo de fútbol, donde la multitud fanática pierde el sentido de la racionalidad. El fanatismo por un equipo deportivo es un problema para la mayoría de los que esperan que Jesús vuelva en las nubes. Debe quedar claro que los fanáticos por un equipo deportivo no heredarán el reino de los cielos. Allí entrarán sólo personas capaces de convivir unidas unas con otras, en amor, sin que exista motivo alguno para cualquier clase de división, o postura competitiva. Y que quede bien claro lo que estamos diciendo. Es bueno que se sepa que tener en la iglesia fanáticos o hinchas de fútbol, la debilita, y atrasa el derramamiento del Espíritu Santo, pues Él no vendrá sobre una iglesia dividida. Examinémonos a nosotros mismos en este punto, pues el efecto podrá ser semejante a la experiencia de Acán, cuyo comportamiento resultó en la derrota ante la aldea de Hai. Sí, en vez de conquistar Hai, podrá ser ¡Ay! de nosotros.

Reclamar las promesas de Dios

En el desierto murieron seiscientos mil cobardes. Ante su cobardía, una mediocridad evidenciada por la falta de fe, quedaron sólo dos en pie: Josué y Caleb. Cuarenta años más tarde, Josué era el comandante de las huestes de Israel. Ya estaban conquistando la tierra, cuando Caleb fue a hablar con Josué, para pedirle que se le diera el monte habitado por los anaceos, aquellos gigantes que habían aterrorizado a 600.000 hombres. Ahora, Caleb y su familia querían luchar para conquistar aquél monte donde vivían esos fuertes y grandes hombres. Una nación había huido delante de ellos. Caleb había asegurado que Dios les daría la victoria. Así como hacía cuarenta años había confiado, así era la fuerza de Caleb con cuarenta años más, contando ahora con 85 años. Era el mismo hombre. La nación había huido ante los gigantes; ahora un hombre y su familia conquista aquél monte.

La tierra de los anaceos no era mala, era muy productiva. Ellos dominaban no sólo la montaña, también las áreas bajas (ver Josué 15:18, 19). Esos hombres muy grandes y fuertes ocupaban una tierra muy buena, si no hubiera sido así habrían ocupado otras tierras, tal como era la costumbre de aquella época. Caleb heredó casas enormes, más altas que las de los demás pueblos, grandes construcciones, tierras muy bien trabajadas por personas de mucha fuerza. Había una ciudad en el monte que Caleb conquistó (los anaceos poseían varias ciudades, y Caleb heredó una de ellas), de nombre Quiriat Arba,

que Caleb cambió a Hebrón. Arba era el hombre del principal entre los anaceos, que llegaban a alcanzar los tres metros de estatura, y eran muy fuertes.

El hombre más anciano de Israel luchó contra aquellos a los cuales Israel había temido, y los conquistó, quedándose con su tierra para él y su familia. “La fe de Caleb era en esa, época la misma que tenía cuando su testimonio contradijo el informe desfavorable de los espías. El había creído en la promesa de Dios, de que pondría su pueblo en posesión de la tierra de Canaán, y en esto había seguido fielmente al Señor. Había sobrellevado con su pueblo la larga peregrinación por el desierto, y compartido las desilusiones y las cargas de los culpables; no obstante, no se quejó de esto, sino que ensalzó la misericordia de Dios que le había guardado en el desierto cuando sus hermanos eran eliminados. En medio de las penurias, los peligros y las plagas de las peregrinaciones en el desierto, durante los años de guerra desde que entraron en Canaán, el Señor le había guardado, y ahora que tenía más de ochenta años su vigor no había disminuido. No pidió una tierra ya conquistada, sino el sitio que por sobre todos los demás los espías habían considerado imposible de subyugar Con la ayuda de Dios, quería arrebatar aquella fortaleza de manos de los mismos gigantes cuyo poder había hecho tambalear la fe de Israel. Al hacer su petición no fue movido Caleb por el deseo de conseguir honores o engrandecimiento. El valiente y viejo guerrero deseaba dar al pueblo un ejemplo que honrara a Dios, y alentar a las tribus para que subyugaran completamente la tierra que sus padres habían considerado inconquistable”. [4]

¡Qué lección para nosotros! No hay problema pequeño o grande que Dios no pueda resolver, si tan solo confiamos en Él. En estos últimos días, cuanto más cerca estemos del fin, más necesitaremos del poder de la fe, y menos tendremos que depender de nuestras fuerzas y el dinero que, por entonces, aún tenga su utilidad.

Transfiriendo la herencia

En los tiempos de la conquista de Canaán había en el pueblo de Israel tres clases de personas; el primer grupo constaba de sólo dos hombres, Josué y Caleb y sus familias; el segundo, estaba conformado por las personas que habían salido de Egipto con menos de veinte años, cuyas vidas fueron preservadas en la peregrinación por el desierto. Contaban a la sazón con edades que podían variar entre cuarenta a sesenta años. Eran los que poseían más informaciones sobre el poder de Dios. Habían visto la gloria de dios en Egipto y en el Mar Rojo, pero en ese tiempo eran niños o adolescentes. El tercer grupo estaba conformado por los que habían nacido en el desierto, por lo que contaban con menos de cuarenta años.

Caleb, con su actitud de tomar la tierra de los gigantes, ante los cuales los que ahora debían tener más de sesenta años se habían acobardado, les demostró a los demás, incluso a los que no habían presenciado el poder de Dios en Egipto y en el Mar Rojo, que Dios realmente puede. Si confiamos en Él, Él obrará en nuestro favor porque nos ama. Él, el hombre más viejo junto a Josué, les dio ejemplo a los más jóvenes. Mostró su espíritu juvenil y su fidelidad a Dios, probó que confiar en Dios es una actitud que lleva a la victoria. Necesitamos hoy hombres y mujeres de la misma índole, puesto que estamos en los últimos días, en las vísperas de la última batalla. Estos serán tiempos en que la fe será nuestro único apoyo. Y tenemos que ejercitarla hoy, mientras todavía sean tiempos

---

[4] White, pp. 547, 548.

de paz. Es tiempo para las reformas espirituales, de la preparación, de dejar las cosas del mundo, para pasar a interesarse por las cosas celestiales.

Caleb demostró que, a los ochenta y cinco años de edad, todavía era útil a los propósitos de Dios. Y que era sabio. Hizo una propuesta curiosa: quien conquistara Quiriat-Séfer, una ciudad de gigantes, podría casarse con su hija Acsa. Debemos suponer que la hija de Caleb era realmente hermosa, pues no pasó mucho tiempo antes que alguien asumiera el riesgo. Pero no es esto lo más interesante. En aquellos tiempos en los que era costumbre que el joven entregara una dote por la novia, ¿qué dote sería más convincente del amor de un hombre por una mujer que arriesgar la vida luchando contra gigantes? Es evidente que Caleb quería como yerno a un hombre valiente, decidido y de profundas convicciones espirituales como las de él. La cuestión esencial no era aquí luchar, sino que el pretendiente con el cual su hija se casara fuera o no temeroso de Dios. Otoniel fue ese hombre, y tenía tales cualidades, tanto que luego se transformó en el primer juez de Israel.

Dar libremente

La tierra, en los tiempos de Israel, era la herencia del padre de familiar, para que ella tuviera continuidad y el nombre de la familia no desapareciera. La herencia de la tierra era para los hijos, no para las hijas. Éstas, evidentemente, recibirían tierra junto al hombre con el cual se casaran. Así era la costumbre.

Pero Acsa, cuando se casó con Otoniel, por lo visto recibió de su padre algo de tierra. Era tierra seca, sin fuentes de agua. Entonces su marido le pidió a Acsa que, antes de retirarse de la casa paterna luego del casamiento, que le pidiera más tierra a su suegro Caleb, con fuentes de agua. Este pedido era lógico, pues ¿qué se puede hacer en una tierra seca, sin siquiera algún arroyo? No se puede criar ganado, no se puede irrigar, incluso para beber agua se necesita pedírsela a los demás.

Acsa fue hasta su padre con el pedido. Lo natural es que el padre rechazara tal pedido, pues lo normal era que Otoniel le hiciera un pedido como ese pero a su propio padre, puesto que el hombre era él, no Acsa. Pero Caleb no lo pensó dos veces; escuchó el pedido de su hija y le dio más de lo que ella había pedido: le cedió tierras con aguas superiores y aguas inferiores, es decir, aguas que provenían de las alturas y vertientes que brotaban de las tierras bajas.

¿Qué podemos aprender de este episodio? Que Caleb era un hombre generoso. Separó parte de las tierras de sus hijos varones y se las dio a su hija. El evidentemente amaba a esa hija, y amaba también a su yerno. Y quien ama, tiene por costumbre dar regalos. Así también ama Dios, y tiene la costumbre de ofrecernos un Regalo especial: su Gracia, junto al Perdón, para que vivamos por la eternidad.

Aplicación del estudio

Hacía cuarenta años atrás, Israel no había escuchado a Caleb y Josué. Ahora, Caleb estaba listo para probar que su postura había sido correcta. Pero no era cuestión de que él probara su postura, sino el poder de Dios. Necesitaba demostrar que habrían podido estar en posesión de la tierra hacía por lo menos cuatro décadas, y que las peregrinaciones por el desierto habían sido culpa de la rebeldía.

La cultura terrenal tiene gran influencia. Ella nos lleva a pensar de una manera generalmente contraria a la de la voluntad de Dios. Por ejemplo, en nuestros días es usual, y hasta parece natural, sin importancia, que se haga chistes sobre otras personas. Parece hasta interesante que se haga esto entre los propios hermanos de la iglesia. Muchas veces esto hasta sucede en el púlpito. Si lo haces contigo mismo, bueno; pero de los demás… Leamos lo que está escrito en Mateo 5:22 sobre llamar “necio” al hermano. Y veamos allí el castigo. Esto es algo insignificante para nuestra cultura, pero para Dios es motivo para enviar a tal persona al fuego del infierno, en caso de que no se arrepienta.

En aquellos tiempos parece que quejarse de todo formaba parte de la cultura. E Israel desarrolló ese mal hábito. Quejarse, burlarse, hablar mal de alguien forma parte de nuestra cultura también en nuestros días. Por lo tanto, el hacerlo parece hasta natural. Pero notemos lo que le aconteció a Israel por haber caído en el mal hábito de quejarse porque siempre creía que todo estaba mal, que Dios no estaba en el control. Otro componente cultural propio de aquellos tiempos y que aún se evidencia hoy es el dudar de Dios. Estos son componentes culturales que Satanás ha desarrollado y que realizan una gran obra para él, y por los cuales muchos perderán la vida eterna, sí como muchos perdieron su vida en el desierto, entre los antiguos israelitas.

Ahora había llegado el día, finalmente, para que Caleb probara que la historia podría haber sido diferente, si la primera vez hubieran confiado en Dios. Él mismo, junto con su familia, su yerno y algunos hombres más, fueron a conquistar la tierra de los gigantes. La tierra que sería el lugar de ellos.

En nuestros días, dentro de la iglesia, una de las mayores necesidades es más personas como Caleb. Personas que se mantengan firmes a los escritos, cuando la cultura del mundo intenta imponer, y con relativo éxito, la mundanalización de la iglesia, para que así continúe tibia. Esos modernos Calebs, o los poderosos Elías que trabajan para que la iglesia se mantenga según los escritos y la voluntad de Dios, necesitan demostrar la eficacia de su postura, haciendo las conquistas por las cuales se pueda decir: “El poder de Dios está con ellos”.



Prof. Sikberto R. Marks

Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática